

Entrevista a Adolfo Fabián Gil

Gustavo Barrientos¹

¹ Comité Científico de Práctica Arqueológica – Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) – División Antropología, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata. Paseo del Bosque s/n (CP. 1900), La Plata, Buenos Aires, Argentina. E-mail: barrient@museum.fcnym.ulp.edu.ar

Recibido: 25 de julio de 2026

Aceptado: 25 de julio de 2026

<https://doi.org/10.5281/zenodo.21662778>

Práctica Arqueológica 9 (1): 82-109 (2026)

ISSN: 2618-2874



Los trabajos publicados en esta revista son de acceso abierto y están bajo la licencia Creative Commons Atribución - No Comercial 4.0 Argentina.



Práctica Arqueológica es una revista de la Asociación de Arqueólogos Profesionales de la República Argentina.

INTRODUCCIÓN

Adolfo Fabián Gil (conocido en el ámbito académico simplemente como “Fito”) es un destacado arqueólogo argentino, oriundo de la ciudad de San Rafael, en el sur de la provincia de Mendoza. Es Licenciado en Antropología (1992) y Doctor en Ciencias Naturales (2000), en ambos casos por la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de la Universidad Nacional de La Plata (FCNyM, UNLP). Actualmente se desempeña como Investigador Principal del Consejo Nacional de Investigaciones Cien-

tíficas y Técnicas (CONICET) y como docente de la Licenciatura en Arqueología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo (FFyL, UNCuyo). Hasta junio de 2026, fue Director del Instituto de Evolución, Ecología Histórica y Ambiente (IDEVEA, CONICET-UTN), donde tuvo un papel fundamental en la creación del Laboratorio de Isótopos Estables en Ciencias Ambientales (LIECA), en funcionamiento desde 2017. En noviembre de 2006 recibió el Premio Bernardo Houssay, en la categoría Investigador Joven, otorgado por el entonces Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva de la República Argentina (MinCyT). Su principal línea de investigación es la paleoecología humana en ambientes áridos y de altura del centro-oeste argentino, con especial énfasis en el sur de Mendoza. En el plano institucional, se destaca su participación como vocal de la Comisión Directiva de la AAPRA en el período 2004-2007.

La trayectoria de Fito Gil se distingue por integrar investigación básica, innovación metodológica y gestión institucional. A lo largo de su carrera, ha desarrollado investigaciones de campo y laboratorio, consolidándose como uno de los principales referentes de la arqueometría en el Cono Sur de Sudamérica. En este campo, ha sido —y continúa siendo— uno de los principales impulsores de la incorporación

de análisis de isótopos estables a la investigación arqueológica. Paralelamente, ha llevado adelante una intensa labor de gestión y de formación de recursos humanos de grado y posgrado. Su producción científica comprende libros editados, capítulos y numerosos artículos especializados y de divulgación, publicados en el ámbito nacional e internacional. Desde muy temprano en su actividad profesional, ha sabido mantener una rica y sostenida colaboración con investigadores y equipos de distintas instituciones del país y del extranjero. En conjunto, su trayectoria refleja un equilibrio entre el rigor analítico de laboratorio, el estudio de problemas antropológicos a largo plazo y un profundo compromiso con el desarrollo y la promoción del conocimiento científico en la región donde nació y lleva a cabo su trabajo. La entrevista que se transcribe a continuación fue realizada, por videoconferencia, el 21 de mayo de 2026 (Figura 1). En ella se recorren momentos clave de la biografía intelectual y profesional de Fito, junto con diversos temas de la coyuntura actual, analizados con la profundidad y amenidad que caracterizan su mirada.



Figura 1. Adolfo Fabián Gil en un momento de la entrevista. (Imagen del autor).

G.B.: Para comenzar, quisiera preguntarte cómo caracterizarías las principales etapas de tu trayectoria profesional, considerando que tu proceso de formación en arqueología se inició incluso antes de tu ingreso a la universidad.

AFG: Antes de iniciar mi carrera, tuve la oportunidad de acercarme al Museo de Historia Natural de San Rafael, mi ciudad natal, que dirigía Humberto “Tito” Lagiglia¹. Tito era una persona muy conocida en la comunidad y yo tenía ya un interés muy fuerte por las ciencias naturales, en general, y por la arqueología, en particular. Me acerqué al museo y él, que era sumamente entusiasta, enseguida empezó a mostrarme materiales, a hacerme ordenar piezas arqueológicas y a llevarme al campo los fines de semana. Esa experiencia me entusiasmó muchísimo. Yo era apenas un adolescente y, en realidad, nunca pensé seriamente en hacer otra cosa. Tito siempre me decía: “Vos tenés que estudiar arqueología o alguna ciencia natural”. Para él, la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de La Plata era el lugar indicado, porque allí se había formado. En aquella época tampoco existían tantas opciones como hoy, así que cuando llegó el momento, me inscribí y me fui a estudiar a La Plata. Una vez allí, fui acercándome a distintos grupos de investigación, especialmente a los de Fernando Oliva, Gustavo Politis y

¹ Humberto Antonio Lagiglia (1938-2009) fue un destacado arqueólogo argentino, pionero en el estudio de la prehistoria del Centro Oeste Argentino. Fundó y dirigió el Museo de Historia Natural de San Rafael, Mendoza. Obtuvo su doctorado en la Universidad Nacional de La Plata, bajo la dirección del entonces Jefe de la División Antropología del Museo de La Plata, Eduardo Mario Cigliano (Lagiglia, 1974). Desarrolló una influyente labor docente e investigadora. Sus aportes a la arqueología regional y a la formación de discípulos dejaron una huella perdurable en la comunidad arqueológica nacional (Chiavazza, 2009). Fue Presidente de la AAPRA entre 2004 y 2007.

Laura Miotti. También tuve contacto con muchos otros profesores, con diferente grado de participación, ya fuera trabajando en sus laboratorios, conversando con ellos, asistiendo a charlas o involucrándome en los proyectos que estaban desarrollando. Al mismo tiempo, participé en campañas arqueológicas, primero en la provincia de Buenos Aires y luego en distintas regiones del país, experiencias que disfruté enormemente. En ese sentido, mi formación fue muy empírica, construida tanto en base al trabajo de campo como de laboratorio.

G.B.: ¿Qué aspectos de la arqueología te interesaban en ese entonces?

AFG: Desde un principio me interesó, especialmente, el estudio de la fauna. En el laboratorio de Fernando Oliva tuve mi primer contacto con grandes conjuntos arqueofaunísticos y allí comencé a realizar identificaciones taxonómicas, con la ayuda de Laura Miotti y Mónica Salemme. Esa fue, en buena medida, mi etapa de formación. Tampoco me había detenido demasiado a pensar qué haría después de recibirme. En realidad, Tito siempre había sido muy claro: “Vos estudiá, recibite y después te volvé a San Rafael a hacer arqueología”. Y, en eso, fui bastante obediente. Me recibí a fines de 1992 —había empezado la carrera en 1987— y regresé inmediatamente a San Rafael. Era una época muy complicada para ingresar al CONICET; prácticamente no existían oportunidades, aunque uno igual presentaba las solicitudes. En esos años también se mudó a San Rafael Gustavo Neme —un compañero de La Plata que, por entonces, recién se había graduado en Antropología y con quien nos hicimos muy amigos en la Facultad— y nuestras carreras comenzaron de una manera bastante distinta de la que imaginábamos. Más que insertarnos de inmediato en el sistema científico, empezamos dando clases

en profesorados de formación docente de San Rafael. Durante unos tres años vivimos fundamentalmente de esos cargos y, en el tiempo que nos quedaba libre, hacíamos arqueología en el museo y avanzábamos con nuestros doctorados en La Plata. Después, la Municipalidad de San Rafael nos hizo un pequeño contrato para trabajar en el museo, lo que complementó nuestra actividad docente. Recién hacia fines de la década de 1990, Gustavo y yo empezamos a incorporarnos, por distintos caminos, a programas de becas de investigación que nos permitieron dedicar mucho más tiempo a terminar nuestras respectivas tesis doctorales. En realidad, la primera mitad de nuestras tesis la hicimos sin beca. Recién en la segunda parte pudimos desarrollar nuestro trabajo con financiamiento proveniente de distintos programas nacionales y de la Universidad Nacional de La Plata. Mi tesis fue un trabajo clásico de arqueología regional, centrado en un área geográfica que todavía hoy me apasiona: el sur de Mendoza y, en particular, el área del Nevado y La Payunia².

G.B.: ¿Cuál fue la motivación para elegir una zona que, imagino, estaba un poco alejada de aquella en la que habías adquirido experiencia durante tu etapa de formación con Tito?

A.F.G.: En realidad, Tito ya me había llevado a esa zona. Los primeros sitios que excavé con él estaban, justamente, en el borde de esa región y en el área del Nevado. Allí excavamos una cueva con evidencias de plantas domésticas. Mientras trabajábamos, él me hablaba de todas las dudas que existían sobre esos contextos y, también, de las dificultades que

² El Cerro Nevado (3.860 m.s.n.m.) es un antiguo volcán extinguido que forma parte de la provincia volcánica de Payenia y del sistema de campos volcánicos de La Payunia, en el sur de la provincia de Mendoza, una región que desde el punto de vista biogeográfico pertenece al dominio patagónico (Ramos y Folguera, 2011; Sruoga *et al.*, 2023).

enfrentaban las poblaciones actuales para vivir en una región tan árida. Además, me comentaba que existía una zona un poco más al sur, La Payunia (Figura 2), que era todavía más extrema y que yo aún no conocía; recién la visité cuando terminé la facultad. Siempre me quedaron dando vueltas esas preguntas acerca de las estrategias que habían desarro-

llado las poblaciones humanas para vivir allí: cómo habían llegado, cómo habían resuelto los problemas que imponía un ambiente tan hostil. De alguna manera, esa terminó siendo la pregunta central de mi tesis doctoral. La Payunia era una región sin caminos, con muy poca población y, prácticamente, sin agua. Ese desafío fue, justamente, lo que despertó



Figura 2. Paisaje de La Payunia: imagen del volcán Payún Matrú, localizado en el departamento de Malargüe, en el sur de la provincia de Mendoza. (Imagen gentileza de Juan José Navarro).

mi interés. Ahora lo veo en perspectiva y creo que fue una locura abordar una región tan extensa en una tesis doctoral. No tenía beca y, mucho menos, subsidios para hacer trabajo de campo. Íbamos con lo que nos sobraba de los sueldos de docencia, con alguna ayuda de la municipalidad —generalmente en alimentos— y con el aporte de todos los que participábamos en las campañas (Figura 3). Con eso hacíamos el trabajo de campo y, de vez en cuando, podíamos pagar algún fechado. Hoy no sé si tendría sentido hacer una tesis con ese

enfoque y esa escala. Pero la disfruté muchísimo y estoy muy contento de haberla hecho.

G.B.: ¿Ya tenías experiencia de trabajo de campo en Patagonia?

A.F.G.: Sí, principalmente campañas con Laura Miotti y, hacia el final de mi carrera, con Víctor Durán en el río Grande. Sin embargo, fueron experiencias muy distintas respecto de la arqueología que hacía Tito, tanto desde el punto de vista teórico como en la práctica del



Figura 3. Adolfo Gil (izq.) y Gustavo Neme (der.) en una de sus primeras campañas en el sur de la provincia de Mendoza, a comienzos de la década de 1990. (Imagen gentileza de Adolfo Gil).

trabajo de campo e, incluso, en la vida cotidiana durante las campañas. Eso era muy interesante porque discutíamos permanentemente. En esa época, yo estaba leyendo la traducción al español del libro de Watson, LeBlanc y Redman³, mientras que Tito mantenía un enfoque clásico histórico-cultural o, como él mismo decía, histórico-cultural evolucionista. Leíamos mucho y debatíamos constantemente. Fue una etapa muy enriquecedora. La manera en que él excavaba, también, era muy distinta de la que se utilizaba en Pampa o en Patagonia. En parte porque los sitios eran diferentes, pero también porque su formación, vinculada con la escuela de Alberto Rex González⁴, im-

³ Se refiere a Watson *et al.* (1974), un texto clásico publicado originalmente en inglés en 1971, considerado uno de los pilares de la “Nueva Arqueología”, que propugnaba la transformación de la arqueología de una disciplina predominantemente descriptiva en una ciencia teórica y metodológicamente rigurosa, orientada a la explicación mediante la formulación y contrastación de hipótesis.

⁴ Alberto Rex González (1918–2012) fue, durante décadas, el arqueólogo más influyente de la Argentina y uno de los principales renovadores de la arqueología sudamericana. Introdujo enfoques teóricos y metodológicos innovadores, impulsó el uso de técnicas modernas de excavación y datación, y formó generaciones de investigadores desde diversas universidades nacionales. Su obra transformó profundamente el estudio científico del pasado prehispánico argentino (Bonnin y Laguens, 2012).

plicaba otra forma de trabajar. Metodológicamente, por ejemplo, no se registraban coordenadas tridimensionales y cuestiones como la tafonomía o los procesos de formación de sitio no formaban parte explícita de sus preguntas de investigación. Así que pasábamos horas excavando, discutiendo, polemizando y riéndonos (Figura 4). Ese contraste fue muy valioso para mi formación. En ese contexto, cuando todavía éramos estudiantes, invitamos a Luis Borrero para realizar un seminario



Figura 4. Campaña arqueológica al Alto Valle del río Atuel (Cordillera de los Andes, Mendoza), año 1993; de izquierda a derecha: Tito Lagiglia, Gabriel Neme, Alfredo Membrives, Gustavo Neme, Adolfo Gil y Miguel Giardina.

durante una campaña organizada por Tito en Las Leñas (Malargüe, Mendoza) (Figura 5). Había una parte teórica y otra práctica, y Tito también participaba en las discusiones de la mañana. Esa experiencia marcó profundamente mi formación: las conversaciones entre Tito y Luis, y nosotros —otros compañeros de carrera (recuerdo especialmente, entre otros, a María Gutiérrez, Gustavo Martínez, Cecilia Landini, Marta Roa y Adelaida Colángelo) y yo— en el medio, escuchando y aprendiendo, fueron realmente extraordinarias. Esa fue, en muchos sentidos, mi etapa formativa.



Figura 5. Algunos de los asistentes al seminario impartido por Luis Borrero durante la campaña arqueológica organizada por Tito Lagiglia en Las Leñas (departamento de Malargüe, provincia de Mendoza) en el mes de enero de 1990. De izquierda a derecha: Gustavo Neme, Gustavo Martínez, Luis Borrero, Sandra Adam, Susana García y Beatriz Ventura (arriba); Cecilia Landini y María Gutiérrez (abajo). (Imagen gentileza de Adolfo Gil).

G.B.: Mencionaste que te recibiste en 1992. Parecería que los años terminados en “2” constituyen verdaderos hitos para la arqueología del sur de Mendoza. Pienso, por ejemplo, en los libros que compilaron con Gustavo en 2002, 2012 y 2022⁵.

A.F.G.: Sí, así parece (risas) (Figura 6).

G.B.: Cuando uno revisa esos volúmenes, especialmente los índices de autores y la diversidad de temas abordados a través de los años, se aprecia un crecimiento realmente notable del grupo de investigación. ¿Cuánto había ya de programático en aquella idea inicial y cuánto fue resultado de circunstancias que se fueron dando con el tiempo?

A.F.G.: Creo que hubo un poco de las dos cosas. Siempre hay una parte que uno planifica

y otra que depende de cómo se van dando las oportunidades. Pero hubo también personas que influyeron decisivamente en ese recorrido.

G.B.: Entiendo que, en ese proceso, aparece la figura de Víctor Durán —a quien ya nombraste— de manera determinante. ¿Qué importancia tuvo este investigador en tu formación?

A.F.G.: Muchísima. Víctor fue una persona clave en mi desarrollo académico. Él trabajaba en la Universidad Nacional de Cuyo y nos conocimos una tarde en los pasillos de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de La Plata, donde también estaban (Augusto) Cardich⁶ y Laura Miotti. Cuando supo que yo

⁵ Gil y Neme (2002); Neme y Gil (2012, 2022).

⁶ Augusto Ricardo Cardich (1923–2017), ingeniero agrónomo recibido en La Plata hacia fines de la década de 1940, fue un destacado arqueólogo peruano-argentino, reconocido por sus investigaciones sobre el poblamiento temprano de los Andes centrales y de la Patagonia argentina. Profesor de la Universidad Nacional de La Plata e investigador del CONICET, realizó



Figura 6. Portadas de los tres libros referidos a la arqueología del sur de Mendoza, compilados por Adolfo Gil y Gustavo Neme (reproducción autorizada por la Sociedad Argentina de Antropología).

estaba trabajando en el sur de Mendoza, me invitó (o lo habré inducido a hacerlo) a participar en una campaña en el valle del río Grande, cerca de Payunia, una región donde él también investigaba. No me formé formalmente bajo su dirección durante mi doctorado, pero nos fuimos acercando mucho a su forma de hacer arqueología. Incluso, antes de que comenzáramos nuestras propias campañas, nos pidió que analizáramos la fauna recuperada en algunos de sus sitios. Aprendimos muchísimo porque la arqueología que hacía Víctor era bastante distinta de la que hacía Tito. En cierto modo, fue una segunda escuela para nosotros.

G.B.: ¿Y cuándo surge la idea de reunir todas esas investigaciones en un libro?

A.F.G.: Cuando Víctor terminó su tesis⁷ y, poco después, Gustavo y yo concluimos las nuestras —entre 2000 y 2003⁸—, sentimos que la arqueología del sur de Mendoza había

cambiado mucho desde los trabajos pioneros de Tito Lagiglia. Se habían sumado nuestras investigaciones, las de Víctor, los aportes de Juan Schobinger⁹ sobre arte rupestre y otros trabajos que comenzaban a ofrecer una visión diferente de la región. Con excepción de Tito, que tenía una visión general que englobaba todo el sur de Mendoza en el contexto más amplio del centro-oeste del país, el resto de nosotros trabajaba, cada uno, en un sector distinto o en un tema particular: Víctor en el valle del río Grande, yo en el Nevado y La Payunia, Gustavo en el alto Atuel y Schobinger enfocado en el arte rupestre. Sin embargo, todos compartíamos una preocupación común: comprender la arqueología del sur de Mendoza desde una perspectiva regional. Entonces, pensamos que era el momento de reunir esas investigaciones en una obra colectiva. En realidad, el objetivo era bastante simple: convocar a todos los que trabajaban en la región —que en ese momento éramos muy pocos— y construir una síntesis que todavía no existía. Ese primer libro terminó cristalizando la coexistencia de distintas perspectivas. Por un lado estaba la visión histórico-cultural y macroregional de Tito; por otro, enfoques más recientes, desarrollados a escalas espaciales menores y orientados por nuevas preguntas. Se sumó Marcelo Zárate, que estaba iniciando sus proyectos en Mendoza y participó con una síntesis paleoambiental del área, ya que se carecía de ella. También participó Paula Novellino, con un capítulo sobre restos humanos y otros trabajos vinculados con la subsistencia.

importantes aportes a la prehistoria sudamericana mediante sostenidas investigaciones de campo y una extensa producción científica, que lo convirtieron en una figura de referencia de la arqueología continental (Tauro del Pino, 2001).

⁷ Durán (1997).

⁸ Gil (2000); Neme (2003).

⁹ Juan “Hans” Santiago René Schobinger (1928–2009) fue un importante arqueólogo argentino nacido en Suiza, referente en el estudio del arte rupestre, la prehistoria sudamericana y la arqueología de alta montaña. Profesor de la Universidad Nacional de Cuyo, desarrolló una prolífica labor científica y docente, con aportes pioneros al estudio de los santuarios incaicos de altura. Su obra y su magisterio ejercieron una profunda influencia en la arqueología argentina y sudamericana (Abal, 2009).

G.B.: Además, el libro apareció en un momento particularmente difícil para el país...

A.F.G.: Sí, uno de los tantos; fue toda una aventura. Coincidió con la crisis económica de comienzos de los años 2000¹⁰. La provincia nos había otorgado un subsidio, pero el dinero llegó en bonos provinciales, que prácticamente nadie aceptaba. Tuvimos que ingeniárnosla para convertir esos bonos en dinero y poder pagar, así, la impresión. Finalmente, logramos imprimir el libro en Buenos Aires, como una publicación de la Sociedad Argentina de Antropología (SAA). Con el tiempo, nos dimos cuenta de que ese volumen había sido muy importante. No sólo fue la primera síntesis de la arqueología del sur de Mendoza, sino que también marcó el inicio del crecimiento académico de nuestro grupo.

G.B.: Para ese entonces, ¿ya habían ingresado al CONICET?

A.F.G.: Sí, estábamos ingresando en el CONICET, aunque fueron años complicados porque coincidieron con la crisis de 2002. Poco después, conseguimos financiamiento de la Fundación Antorchas¹¹ y eso cambió, radicalmente, nuestras posibilidades de investigación. Esos proyectos nos abrieron muchas puertas. A partir de ese financiamiento comenzaron a incorporarse estudiantes, principalmente de

La Plata, aunque también de otras universidades, como Buenos Aires, Olavarría y Rosario. Participaban en las campañas de campo y, muchos de ellos, realizaron primero sus tesis de licenciatura y luego sus doctorados dentro del grupo. Ahí empezó realmente una nueva etapa de crecimiento. Entre ellos estaban Miguel Giardina, Laura Salgán, Elina Albarrán, Hugo Tucker, Alejandra Guerci, Nuria Sugrães, Federico Bonnat, Mercedes Corbat, Paz Pompei, y se me pasan algunos más...

G.B.: ¿Ese crecimiento también modificó la forma en que concebían los proyectos de investigación?

A.F.G.: Sí, completamente. Nuestra propia experiencia nos había enseñado que era muy difícil abordar, en una sola tesis, un problema regional tan amplio como el que nosotros habíamos intentado resolver. Entonces, decidimos cambiar la estrategia. La idea fue mantener la escala regional, pero pedir que cada estudiante trabajara sobre un único tipo de evidencia —un *proxy* específico—. Algunos se especializaron en aves, otros en roedores, tafonomía, restos vegetales o distintos aspectos del registro arqueológico. Todos respondían preguntas regionales, pero desde indicadores concretos. Nos parecía una forma mucho más realista de organizar las investigaciones. Nosotros habíamos tardado entre ocho y diez años en terminar nuestras tesis, en gran medida porque no teníamos becas ni financiamiento. Pero ya sabíamos que los nuevos doctorandos disponían de becas con plazos definidos y que debían completar sus investigaciones en ese tiempo. Era necesario adaptar los proyectos a esa nueva realidad. Esa fue una decisión que discutimos mucho con Gustavo, en la que Luis Borrero, Víctor Durán, Gustavo Politis, (José Luis) “Pepe” Prado y Marcelo Zárate hicieron su aporte. Ellos tenían una visión muy

¹⁰ Se refiere a la crisis de 2001-2002, considerada el peor colapso económico, social y político en la historia argentina reciente. Estalló por el fin de la “Ley de Convertibilidad” (paridad fija 1 peso= 1 dólar), el aumento incontrolable de la deuda externa y el déficit fiscal, provocando la caída del gobierno del presidente Fernando de la Rúa y dando lugar a un período de inestabilidad política, durante el cual cinco funcionarios ejercieron el Poder Ejecutivo Nacional en pocas semanas (Cortés Conde, 2003).

¹¹ La Fundación Antorchas fue una institución filantrópica privada argentina que, entre 1985 y 2006, financió mediante becas y subsidios numerosos proyectos de investigación, educación superior, arte y patrimonio cultural, desempeñando un papel central en el desarrollo científico y académico del país (Premat, 2005).

clara de cómo estaba cambiando el sistema científico argentino. Tito, en cambio, provenía de otra tradición: era director del museo y no formaba parte del CONICET, por lo que tenía una mirada diferente sobre estos procesos. De esas conversaciones fuimos aprendiendo estrategias, que luego resultaron muy importantes para el desarrollo del grupo.

G.B.: ¿Ese cambio también se refleja en el segundo libro?

A.F.G.: Sí, el segundo libro muestra muy bien ese cambio. La mayor parte de los capítulos fueron escritos por estudiantes que se habían ido incorporando al grupo y que ya estaban terminando sus tesis. En lugar de organizar el libro por regiones geográficas, decidimos hacerlo por *proxies* o líneas de evidencia. Así, en vez de tener un capítulo sobre la arqueología de La Payunia o del río Grande, pasamos a incluir trabajos sobre la variabilidad del registro arqueológico del sur de Mendoza, el registro arqueobotánico, la intensificación y otros temas específicos. Y se sumaron nuestros primeros tesisistas: Miguel Giardina, Laura Salgán, Clara Otaola, Nuria Sugrañes, entre otros. El libro tiene una estructura mucho más temática que geográfica. Hay muchos más autores, muchos formados en el grupo pero también sumando miradas interdisciplinarias de otros equipos. Como en el primero (y en el tercero), también logramos convencer a Luis Borrero para que nos escriba un capítulo crítico del mismo.

G.B.: Ese libro tiene un perfil mucho más paleoecológico que el anterior.

A.F.G.: Sí, así es. En parte, responde a nuestra propia formación: Tito siempre nos inculcó una fuerte preocupación por las dimensiones ecológicas y paleoambientales, y el marco teórico con el que trabajábamos también

nos llevaba de manera natural hacia ese tipo de preguntas. Además, por esos años comenzamos a trabajar muy estrechamente con el geólogo Marcelo Zárate, quien fue mi director de posdoctorado. Él se instaló en Mendoza y empezó a impulsar proyectos sobre paleoambiente y paleoecología regional. Nosotros nos integramos a esas iniciativas y eso también se reflejó en los libros, donde empezaron a aparecer capítulos específicos sobre paleoclima, paleoambiente y otros aspectos desarrollados por Marcelo o por estudiantes de su grupo.

G.B.: En ese período también comenzaron a establecer vínculos muy estrechos con investigadores del exterior. Da la impresión de que esas relaciones fueron fundamentales para el crecimiento del grupo de San Rafael.

A.F.G.: Sí, es cierto. En buena medida, seguimos los consejos que nos daban varios de nuestros profesores, especialmente Gustavo Politis y Luis Borrero. Ellos insistían en que, si uno tenía la posibilidad de asistir a congresos internacionales, era una inversión de tiempo y de recursos que siempre valía la pena. No solamente permitía conocer qué se estaba haciendo en otras partes del mundo, sino que también abría muchas oportunidades de colaboración. Y así fue. En esos años, empezamos a establecer vínculos con distintos grupos de investigación del exterior, relaciones que en muchos casos continúan hasta el día de hoy y que terminaron siendo fundamentales para el crecimiento científico de nuestro grupo.

G.B.: ¿Cuál fue el primer vínculo internacional que tuvo un impacto importante en ese proceso?

A.F.G.: Uno de los primeros contactos importantes fue con el grupo de Robert Bettinger, de la Universidad de California en Davis.

Gustavo Neme obtuvo una beca FOME¹² y eligió trabajar con Bettinger, que venía desarrollando investigaciones muy importantes sobre ambientes de altura, un tema que nos interesaba especialmente. Más tarde, Bettinger viajó a la Argentina para dictar cursos de posgrado en La Plata y también visitó San Rafael. Esa relación tuvo un impacto muy grande en nuestro grupo. Con el tiempo, volvimos a Davis y comenzamos a colaborar, también, con estudiantes y colegas allegados a Bettinger. Por ejemplo, hace apenas un par de meses estuvo nuevamente con nosotros Chris Morgan, que había sido uno de sus tesis y continúa trabajando en temas vinculados con ambientes de altura. Loukas Barton, otro de sus estudiantes, fue el director de tesis de Fernando Franchetti, de nuestro equipo, en la Universidad de Pittsburgh. Raven Garvey fue estudiante de doctorado en Davis y centró su tesis en el Sur de Mendoza, con base en nuestro grupo.

G.B.: Poco después comenzaron a trabajar, también, con Andrew Ugan. ¿Cómo surgió esa relación?

A. F.G.: Fue bastante interesante. Andrew nos escribió, creo que a sugerencia de (Guillermo Luis) “Willie” Mengoni (Goñalons), para invitarnos a participar en un simposio que estaba organizando para la reunión anual de la *Society for American Archaeology*, en Salt Lake City. Nunca nos habíamos relacionado personalmente; yo sólo conocía sus trabajos. En la invitación, nos explicaba que había consultado a distintos colegas para identificar investi-

gadores jóvenes que acabaran de terminar sus doctorados y estuvieran desarrollando nuevas líneas de investigación sobre arqueofaunas, en diferentes regiones del mundo. Quería reunir esas experiencias en un mismo simposio. Dijo una frase que nunca olvidé. Nos decía: “Sé que puede parecer una locura viajar miles de kilómetros para hablar quince minutos y volver, pero voy a hacer todo lo posible para ayudarlos y que la experiencia sea más que eso”. Y realmente lo hizo. Consiguió alojamiento, organizó distintas formas de apoyo y logró que pudiésemos participar de esa reunión. También en ese viaje conocimos e interactuamos con los colegas de la Universidad de Utah. Entre ellos, muchos de los referentes de la ecología evolutiva y de análisis de isótopos estables. Para nosotros fue una experiencia muy importante. A partir de ese encuentro, comenzaron nuevas colaboraciones. Andrew vino luego a la Argentina para dictar un curso de posgrado (Figura 7) y empezamos a intercambiar ideas sobre los problemas arqueológicos de la Gran Cuenca y del oeste de Norteamérica, que presentaban muchas similitudes con las preguntas que nosotros nos hacíamos para el sur de Mendoza. Ese diálogo fue muy enriquecedor y derivó en numerosos proyectos conjuntos. De hecho, en 2012 participamos en la sesión plenaria *Archaeology of the Great Basin and Central-Western Argentina*, organizada por Kim Carpenter y Andrew Ugan durante la *Great Basin Anthropological Conference*, en Nevada (Figura 8). Allí, buscamos mostrar ante esa comunidad los temas y patrones arqueológicos del centro-oeste argentino, articulándolos con procesos semejantes, y otros divergentes, ocurridos en la Gran Cuenca. Lo vivimos como un logro y con mucho entusiasmo.

¹² El FOME (Fondo para el Mejoramiento de la Calidad Universitaria) fue un programa creado en Argentina en 1995. Su objetivo fue otorgar financiamiento adicional a las universidades públicas, mediante concursos por proyectos, para elevar la calidad de la enseñanza, la capacitación docente y la modernización del equipamiento (Escudero, 2018).



Figura 7. Participantes del curso de posgrado “Ecología Evolutiva y Arqueología. El Uso de Modelos Biológicos como Herramienta para Comprender el Comportamiento Humano Prehistórico” dictado por Andrew Ugan (centro de la primera fila, con sombrero) en San Rafael, en noviembre de 2006. (Imagen gentileza de Adolfo Gil).

G.B.: Andrew incluso estuvo viviendo un tiempo en Argentina, ¿no?

A.F.G.: Sí, poco tiempo después de su primera visita, Andrew obtuvo un subsidio de la *National Science Foundation* de Estados Unidos para desarrollar investigaciones con isótopos estables y decidió realizar una parte importante del proyecto en San Rafael. Vivió aquí durante casi dos años, junto con su familia (nació su hijo en San Rafael!). Ese proyecto tuvo un enorme impacto, tanto para nuestro grupo como para la arqueología de la región. A través de él establecimos vínculos con Steve Simms, con quien, acompañado de mi familia, realicé una visita de cuatro meses a la Universidad Estatal de Utah (USU). Tam-

bién comenzaron a vincularse con nosotros otros investigadores norteamericanos, entre ellos Steve Wolverton y Lisa Nagaoka —ambos actualmente en la *Universidad del Norte de Texas (UNT)*—y Jacob Freeman, cuya formación estaba más ligada a las tradiciones de Lewis Binford¹³ y Amber Johnson. Jacob nos visitó en San Rafael y, hasta hoy, seguimos desarrollando investigaciones en conjunto.

¹³ Lewis Robert Binford (1931–2011) fue uno de los arqueólogos más influyentes del siglo XX y el principal impulsor de la Nueva Arqueología o arqueología procesual. Profesor en diversas universidades estadounidenses, revolucionó la disciplina mediante la incorporación de métodos científicos, la etnoarqueología y el estudio de los procesos de formación del registro arqueológico, dejando un legado decisivo para la arqueología y la paleoantropología contemporáneas (Kuhn y Stiner, 2011).



Figura 8. Camaradería durante la Great Basin Anthropological Conference realizada en octubre de 2012 en Stateline, área del Lago Tahoe, Nevada (E.E.U.U.). De izquierda a derecha: Gustavo Neme, David Hurst Thomas, Clara Otaola, Miguel Giardina, Fernando Franchetti y Adolfo Gil (arriba); Gustavo Neme, Donald Grayson, Andrew Ugan y Adolfo Gil (abajo). (Imágenes gentileza de Adolfo Gil).

G.B.: Esas colaboraciones, creo, también facilitaron el acceso a metodologías analíticas que en ese momento prácticamente no estaban disponibles en la Argentina.

A.F.G.: Exactamente. Todas esas redes internacionales fueron fundamentales. Nos permitieron acceder a metodologías y análisis que, en ese momento, no podíamos realizar en el país. Al mismo tiempo, posibilitaron discutir nuestros problemas arqueológicos con investigadores que trabajaban en ambientes comparables y desde una diversidad de perspectivas. Un caso muy importante fue el de Michael Glascock. Esa colaboración surgió, inicialmente, a partir de Víctor Durán, quien había publicado junto con Roberto Bárcena y colegas estadounidenses uno de los primeros trabajos sobre la geoquímica de las ob-

sidianas del sur de Mendoza, especialmente de la Laguna del Maule¹⁴, utilizando análisis realizados en un laboratorio del exterior. Víctor siempre tuvo interés en ampliar ese tipo de estudios y, años después, Martín Giesso —que había sido compañero suyo en La Plata y estaba trabajando en Bolivia con Mike Glascock— facilitó el contacto. En 2004 comenzamos a desarrollar esa línea de trabajo. Presentamos los primeros resultados en un congreso realizado en Chile. Inicialmente, los análisis se hicieron en el laboratorio de Glascock mediante activación neutrónica y, posteriormente, él mismo viajó a la Argentina con su equipo portátil de fluorescencia de rayos X. Esa colaboración continúa hasta el presente. De hecho, hace apenas unos meses, Mike

¹⁴ Seelenfreund *et al.* (1996).

volvió a visitarnos —ya jubilado y costeando él mismo el viaje— para dictar seminarios e interactuar con investigadores más jóvenes del grupo, como Laura Salgán y Nuria Sugrañes. La verdad es que hemos tenido la suerte de construir colaboraciones muy valiosas con colegas de muchos países. Seguramente me estoy olvidando de muchos otros colegas, porque fueron realmente numerosas las personas con las que establecimos colaboraciones a lo largo de estos años.

G.B.: En las últimas dos décadas, ¿hacia dónde fue orientándose la investigación del grupo?

A.F.G.: Creo que, con todas las variaciones internas que tiene cualquier grupo de investigación, seguimos trabajando dentro de un mismo programa general de ecología humana. Lo que sí fue cambiando fueron algunas de las preguntas. Una de las discusiones que más evolucionó fue la referida al papel de la agricultura en el sur de Mendoza. Al principio, yo sostenía una posición bastante extrema. Siempre digo, medio en broma medio en serio, que si Tito Lagiglia decía blanco, yo decía negro. Fui demasiado irreverente. Él defendía la idea de que aquí habían existido poblaciones agricultoras, mientras que yo argumentaba que los restos de maíz que aparecían en los sitios no demostraban, necesariamente, la existencia de agricultores. Mi primer artículo, de hecho, planteaba que esas evidencias podían explicarse mucho mejor como productos llegados por intercambio más que como resultado de una producción local. La verdad es que Tito se tomó esa discusión con mucha naturalidad y tolerancia. Nunca la vivió como un enfrentamiento personal. Simplemente decía: “Bueno, este muchacho seguirá con sus ideas

y yo seguiré con las mías”. Mirando todo ese recorrido con perspectiva, creo que hoy ambos teníamos parte de razón.

G.B.: ¿En qué sentido cambió esa interpretación?

A.F.G.: Actualmente pensamos que existieron distintos momentos y distintas estrategias. Hubo períodos en los que el maíz probablemente llegó por intercambio y otros en los que la agricultura fue una estrategia de producción efectiva, aunque siempre en pequeña escala. También hubo momentos en los que, esas poblaciones, volvieron a depender más intensamente de la caza y la recolección. Es decir, la incorporación de la agricultura no fue un proceso unidireccional e irreversible. Esa era, justamente, una de mis dudas cuando discutía con Tito. Yo le preguntaba: “Si aquí hubo agricultores hace 2000 años, ¿por qué las fuentes históricas describen poblaciones cazadoras-recolectoras?”. En ese momento predominaba una visión bastante lineal de la evolución cultural: una vez incorporada la agricultura, se suponía que reemplazaba definitivamente a las estrategias anteriores. Hoy creemos que la historia fue mucho más compleja. Nuestra interpretación es que estas poblaciones desarrollaron un sistema muy flexible, capaz de combinar producción agrícola, intercambio y explotación de recursos silvestres según las condiciones ambientales y sociales de cada momento. En determinados períodos, especialmente durante el Holoceno tardío, la estrategia cazadora-recolectora volvió a adquirir una importancia considerable. Esa posibilidad de alternar entre distintas formas de subsistencia constituye, justamente, uno de los aspectos más interesantes de la historia regional. Al mismo tiempo, las

evidencias indican que entre aproximadamente 1200 y 800 años antes del presente, el consumo de maíz alcanzó niveles mucho más importantes que los observados en períodos anteriores. Eso supone que existió algún tipo de producción relativamente significativa. Sin embargo, tampoco llegó a consolidarse como un sistema del que ya no fuera posible volver atrás. Antes de ese momento, aunque el maíz estaba presente en la región y aparece en el registro arqueológico, su consumo parece haber sido muy limitado. Incluso es posible que, parte de esos ejemplares, hayan llegado por intercambio y que tuvieran un valor más simbólico o social que estrictamente alimentario. Buscamos no solo describir el proceso sino entenderlo; esto nos está llevando a estrechar colaboraciones con grupos de estudios sobre el clima, como el de Ricardo Villalba en el IANIGLA¹⁵.

G.B.: ¿Qué líneas de investigación les están permitiendo profundizar esa nueva interpretación?

A.F.G.: Hoy seguimos trabajando sobre ese problema, incorporando nuevas líneas de evidencia. Agustín Acevedo y Dánae Fiore, por ejemplo, vienen desarrollando investigaciones muy importantes sobre las relaciones entre cazadores-recolectores y agricultores desde el arte rupestre. También estamos estudiando la información aportada por la cerámica y tenemos una deuda pendiente con los microrestos vegetales. Hasta ahora, hemos trabajado principalmente con macrorestos, pero necesitamos incorporar fitolitos, almidones y otros indicadores que permitan fortalecer nuestra base de datos. Creo que hoy tenemos una visión bastante distinta de

la que existía hace treinta años, aunque todavía quedan muchas preguntas abiertas. Por otra parte, los isótopos estables, no solo de humanos, sino también de fauna, nos están informando del proceso agrícola, algo que estamos haciendo con Manuel López con microvetrebrados y con José Rogán, en su caso en la vecina región de Chile Central. El tema de las dinámicas poblacionales o demografía lo estamos impulsando en este marco, de algún modo afinando y repensando el proceso de intensificación que propuso Gustavo en su tesis. Para ello, estamos trabajando junto con Jacob Freeman y, principalmente, con Eva Peralta a partir de las implicancias de su trabajo de tesis doctoral.

G.B.: Buena parte de esa discusión estuvo vinculada con el desarrollo de las investigaciones sobre isótopos estables. ¿Cómo comenzó esa línea de trabajo?

A.F.G.: En realidad, todo empezó de una manera bastante inesperada. El punto de partida fue el hallazgo del entierro de Jaime Prats, un contexto arqueológico muy particular que despertó el interés de muchos investigadores. A partir de ese hallazgo, comenzaron a acercarse Paula Novellino y Ricardo Guichón, que por entonces estaban trabajando en bioantropología pero querían involucrarse más directamente en investigaciones arqueológicas (Figura 9). Durante el congreso realizado en San Rafael, en 1994¹⁶, recorrimos juntos el museo y observamos los materiales provenientes de Jaime Prats. En el museo trabajábamos, en arqueología, sólo Tito, Gustavo y yo, nosotros dos en carácter *ad honorem*. Allí surgió la

¹⁵ Instituto Argentino de Nivología, Glaciología y Ciencias Ambientales (IANIGLA, CONICET-UNCuyo-Gobierno de Mendoza) (<https://ianigla.conicet.gov.ar/>).

¹⁶ El XI Congreso Nacional de Arqueología Argentina se realizó en la ciudad de San Rafael, Mendoza, en mayo de 1994. El evento fue organizado por el Museo de Historia Natural de San Rafael y tuvo a Humberto Lagiglia como presidente de la Comisión Organizadora.

idea de convertir ese sitio en uno de los ejes de investigación post doctoral de Paula. El problema era especialmente interesante, porque el contexto tenía una cronología cercana a los 2000 años antes del presente. Para Tito, por el contexto, seguía tratándose de cazadores-recolectores, mientras que desde una perspectiva cronológica también podía interpretarse como uno de los primeros momentos de incorporación de la agricultura. Por eso, antes de que se dataran, él creía que tenían una antigüedad mayor a 2000 años. Fue entonces cuando Paula y Ricardo propusieron realizar análisis de isótopos estables. Ellos trabajaban en conjunto con (Héctor Osvaldo) Panarello, del INGEIS¹⁷, y ya conocían los primeros estudios que comenzaban a desarrollarse en la Argentina. A nivel internacional, también empezaban a aparecer trabajos que mostraban el enorme potencial de los isótopos estables del carbono para detectar el consumo de plantas C_4 ¹⁸, particularmente de maíz. Para nosotros, aquello parecía una herramienta extraordinaria. El problema era que no teníamos ningún financiamiento. Éramos, realmente, muy pobres y cada análisis costaba mucho dinero. Recuerdo una anécdota que siempre cuento. Organizamos una charla en un profesorado de San Rafael, que dieron Tito, Paula y Ricardo. Al terminar, les dijimos a los estudiantes, medio en serio y medio en broma: “Si quieren que hagamos análisis isotópicos, colaboren con lo

¹⁷ Instituto de Geocronología y Geología Isotópica (INGEIS, CONICET-FFyL, UBA). <http://www.ingeis.uba.ar/queesingeis.html>

¹⁸ Según su metabolismo fotosintético o la vía de fijación del carbono, las plantas se clasifican en C_3 , C_4 y CAM (Taiz y Zeiger, 2010). Las plantas C_3 reciben ese nombre porque el primer compuesto estable formado durante la fijación de dióxido de carbono (CO_2) contiene tres átomos de carbono (3-fosfoglicarato). En las C_4 , el primer compuesto contiene cuatro átomos de carbono (oxalacetato), lo que reduce la fotorrespiración y aumenta la eficiencia fotosintética en ambientes cálidos y secos. Finalmente, las plantas CAM (*Crassulacean Acid Metabolism*) fijan CO_2 durante la noche, minimizando la pérdida de agua, una adaptación típica de ambientes áridos.



Figura 9. Trabajos de campo en El Sosneado (departamento de San Rafael, Mendoza). De izquierda a derecha: Edgardo Barrios, Paula Novellino, Gustavo Neme, Afolfo Gil y pobladores locales (Imagen gentileza de Afolfo Gil).

que puedan”. Entre todos reunimos el dinero suficiente para pagar uno o dos análisis. Así empezamos. Poco tiempo después, obtuvimos un subsidio de la Fundación Antorchas y eso nos permitió ampliar el número de muestras analizadas.

G.B.: ¿Qué comenzaron a mostrar esos primeros análisis?

A.F.G.: En esa primera etapa, todos los estudios se realizaron en el INGEIS. Inicialmente, sólo analizábamos carbono en colágeno; más adelante, incorporamos nitrógeno. Los resultados comenzaron a mostrar un panorama mucho más complejo de lo que, anteriormente, imaginábamos. Encontrábamos señales de plantas C_4 en lugares inesperados y, al mismo tiempo, individuos que suponíamos grandes consumidores de maíz no presentaban valores isotópicos compatibles con esa expectativa. En esos años, también, surgió una oportunidad muy interesante, cuando un investigador de la Universidad de Oxford —no recuerdo quién— que trabajaba con cabellos humanos, analizó un pelo proveniente de Agua de los Caballos, un sitio arqueológico del sur de Mendoza. Ese

resultado complementó la información que ya teníamos y terminó formando parte de los primeros trabajos que publiqué sobre el tema. Recuerdo que, apenas terminé el doctorado, envié a *Current Anthropology* un artículo basado en apenas cinco análisis isotópicos y los datos de ese cabello¹⁹. Hoy pienso que fue un acto de bastante audacia. En la actualidad, sería muy difícil publicar un trabajo con una base de datos tan reducida. Sin embargo, en ese momento los evaluadores fueron muy generosos y el artículo fue aceptado. Aquellos primeros resultados ya sugerían que el consumo de maíz, en el sur de Mendoza, había sido mucho más variable y complejo de lo que suponíamos originalmente. Ese fue, en realidad, el comienzo de una línea de investigación que después terminó creciendo muchísimo más de lo que imaginábamos.

G.B.: Pero, al mismo tiempo, esos primeros resultados también parecían mostrar los límites de ese enfoque inicial. ¿Cuándo advirtieron que era necesario ampliar la perspectiva?

A.F.G.: Fue un proceso bastante natural. Los primeros análisis dejaron en evidencia las limitaciones de la información con la que estábamos trabajando. Prácticamente no contábamos con valores de referencia para las plantas y animales de la región, de modo que interpretar los resultados humanos resultaba mucho más difícil de lo que habíamos imaginado. Fue entonces cuando entendimos que el problema ya no consistía, solamente, en detectar el consumo de maíz. Necesitábamos ampliar el enfoque, incorporar nuevas técnicas analíticas y construir una base regional de referencia que permitiera interpretar los datos con mayor solidez. Ese cambio de pers-

pectiva fue el que terminó orientando el desarrollo posterior de nuestras investigaciones.

G.B.: ¿Cómo realizaron esa transición?

A.F.G.: Los primeros resultados fueron muy importantes, pero también nos hicieron ver que todavía entendíamos muy poco. Como ya mencioné, hasta ese momento utilizábamos exclusivamente carbono de colágeno, pero comenzamos a sospechar que, si el consumo de maíz había sido relativamente bajo, ese tipo de muestras podía no registrar adecuadamente la señal isotópica de este cultígeno. La bibliografía sugería que el carbonato de la apatita podía conservar una señal más clara de las plantas C₄, así que decidimos ampliar la estrategia analítica. Fue, entonces, cuando comenzamos a trabajar con Robert Tykot. Varios colegas argentinos ya colaboraban con él y nos recomendaron su laboratorio²⁰. Gracias a proyectos financiados por la Fundación Antorchas y, posteriormente, por la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica (ANPCyT)²¹ incorporamos análisis de carbono y nitrógeno, en el primer caso tanto en colágeno como en apatita. Sin embargo, cuantos más datos obteníamos, más evidente resultaba que el verdadero problema no era solamente analizar restos humanos. Necesitábamos conocer cuáles eran los valores isotópicos de los recursos disponibles en el ambiente. Empezamos, entonces, a estudiar guanacos,

²⁰ Laboratory for Archaeological Science & Technology (L.A.S.T.), University of South Florida, E.E.U.U. (<http://labs.cas.usf.edu/archscience/>).

²¹ Actualmente (2026), la antigua Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica (ANPCyT) ya no existe con esa denominación. Desde 2020, el organismo pasó a denominarse oficialmente Agencia Nacional de Promoción de la Investigación, el Desarrollo Tecnológico y la Innovación, conocida abreviadamente como Agencia I+D+i. Continúa siendo un organismo descentralizado del Estado nacional (<https://www.argentina.gob.ar/jefatura/innovacion-ciencia-y-tecnologia/agencia/la-agencia-idi>).

¹⁹ Gil (2003).

algarrobos y otras especies vegetales y animales del sur de Mendoza. Los resultados fueron sorprendentes. Encontrábamos variaciones enormes entre individuos de una misma especie y señales que no respondían a lo que esperábamos. Comprendimos que, antes de interpretar la dieta humana, era indispensable construir una ecología isotópica regional. Ese cambio fue decisivo. Dejamos de pensar en los isótopos únicamente como una herramienta para responder una pregunta puntual sobre el maíz y empezamos a utilizarlos para comprender el funcionamiento ecológico completo de la región.

G.B.: ¿Fue en ese contexto cuando comenzó la colaboración con Andrew Ugan en relación con los isótopos estables?

A.F.G.: Exactamente. Como comenté antes, Andrew obtuvo financiamiento de la *National Science Foundation* y nos propuso desarrollar, aquí, una parte importante de la investigación que involucraba su proyecto (Figura 10). Ese período fue extraordinario para nosotros. El objetivo del proyecto era construir, precisamente, esa ecología isotópica que necesitábamos. Analizamos decenas —en realidad, cientos— de muestras de plantas, animales y otros recursos naturales del sur de Mendoza para generar una base de referencia ambiental. Con los fondos del proyecto, pudimos montar un laboratorio para el pretratamiento de muestras. Los análisis finales se realizaban en los Estados Unidos, pero toda la preparación se hacía en San Rafael. Más importante, aún, fue todo lo que aprendimos durante esos años. Andrew tenía una enorme experiencia trabajando en la Gran Cuenca y, permanentemente, discutíamos cómo interpretar resultados que, muchas veces, eran inesperados. Recuerdo que aparecían guanacos de La Payunia con valores de carbono mucho más

enriquecidos en carbono-13²² de lo que habríamos imaginado. Esos datos nos obligaron a revisar muchas ideas previas y nos hicieron comprender que la ecología isotópica del sur de Mendoza era bastante más compleja de lo que suponíamos. Cuando el proyecto terminó, además de una enorme cantidad de información, nos quedó algo todavía más importante: un laboratorio funcionando, personal capacitado y la convicción de que esa infraestructura debía mantenerse y seguir creciendo.

G.B.: ¿Y ese fue el origen del LIECA²³?

A.F.G.: En buena medida sí, aunque también confluyeron otras historias. Algunos años antes había conocido a Ricardo Villalba, mientras yo esperaba un vuelo para participar de una *Desert Conference*²⁴ realizada en Arica, en el norte de Chile. Ricardo también era sanrafaelino y trabajaba en el IANIGLA. Él ya estaba muy interesado en la aplicación de isótopos estables para reconstruir el clima a partir del estudio de los anillos de crecimiento de los árboles. A partir de ese encuentro, empezamos a conversar sobre nuestros intereses comunes. Al mismo tiempo, Julieta Aranibar, también en el IANIGLA, estaba desarrollando investigaciones en ecofisiología vegetal utilizando estas mismas herramientas. Se había doctorado con (Stephen) Macko en Estados Unidos, con una tesis que involucraba el uso de isótopos estables. En ese momento, estaba

²² Una muestra está enriquecida en carbono-13 (¹³C) cuando contiene una proporción relativamente mayor de este isótopo estable respecto del carbono-12 (¹²C), en comparación con un estándar de referencia. Puede ser indicativa del consumo de plantas C₄ (Schoeninger, 2014).

²³ Laboratorio de Isótopos Estables en Ciencias Ambientales (LIECA). <https://idevea.conicet.gov.ar/laboratorio-de-isotopos-estables-en-ciencias-ambientales-lieca/>

²⁴ Se refiere a la *2nd Southern Deserts Conference*, celebrada en la ciudad de Arica, Chile, en octubre de 2005 (CONICYT, 2005).



Figura 10. Salida al campo junto a Andrew Ugan, durante su estadía residencial en la provincia de Mendoza en noviembre de 2008 (Imagen gentileza de Adolfo Gil).

regresando a la Argentina y tenía la idea de instalar un espectrómetro para poder hacer análisis isotópicos. Entonces, todos compartíamos una misma necesidad: disponer de un laboratorio de isótopos estables en Mendoza. La oportunidad apareció cuando la ANPCyT abrió una convocatoria para financiar grandes equipamientos de uso compartido entre distintos grupos de investigación. Presentamos un proyecto conjunto y obtuvimos el financiamiento para adquirir un espectrómetro de masas de relaciones isotópicas. Después, vino otra decisión importante: definir dónde instalar el equipo. Finalmente, la Universidad Tecnológica Nacional (UTN), Facultad Regional San Rafael, ofreció el espacio necesario y allí comenzó a tomar forma el laboratorio. El proyecto fue aprobado alrededor de 2014; la compra, importación e instalación del equipamiento llevaron varios años y el laboratorio

comenzó a funcionar, de manera estable, en 2017. Mirándolo en perspectiva, el LIECA no nació de un único proyecto. Fue el resultado de casi veinte años de investigaciones, colaboraciones internacionales y aprendizajes acumulados. Siempre recuerdo que, nuestros primeros análisis isotópicos, se financiaron con una colecta realizada entre estudiantes al finalizar una charla en un profesorado de San Rafael. Comparar aquel comienzo con la existencia de un laboratorio propio, equipado con un espectrómetro de masas resulta increíble: me asusta la dimensión que tomó el camino recorrido.

G.B.: ¿El laboratorio comenzó a funcionar, inicialmente, en el marco del IANIGLA?

A.F.G.: Sí. Mientras todo este proceso iba creciendo, nosotros también fuimos consolidando

nuestra inserción institucional. En ese momento, el grupo de San Rafael se había constituido como una Unidad Asociada del IANIGLA y, posteriormente, como Grupo Vinculado, lo que permitió que ese instituto participara formalmente del proyecto. Gracias a esa figura, fue posible gestionar el espectrómetro de masas a través del IANIGLA, aunque el equipo quedara instalado en San Rafael. Al mismo tiempo, se fortaleció el vínculo con la UTN, que mostró un gran interés en consolidar esa relación. Durante ese proceso, desde la Secretaría de Ciencia y Técnica del CONICET nos sugirieron que pensáramos en crear una Unidad Ejecutora. Esa recomendación fue muy importante porque nos hizo comprender que, si queríamos sostener una infraestructura de esa magnitud, necesitábamos una estructura institucional mucho más sólida. Recuerdo una conversación con una funcionaria del CONICET que nos dijo: “Si ustedes van a manejar equipamiento de este tipo, necesitan una Unidad Ejecutora. En la Argentina siempre hay años buenos y años malos y, cuando llegan los años difíciles, hace falta una institución fuerte para sostener estos proyectos”. Ese consejo terminó orientando buena parte de nuestras decisiones. Nosotros habíamos empezado haciendo arqueología en un museo municipal. Después, fuimos vinculándonos cada vez más con la Universidad y, finalmente, con el CONICET. Todo ese recorrido desembocó en el IDEVEA²⁵, que comenzó a organizarse en 2018 y quedó formalmente constituido en 2020.

G.B.: ¿Fuiste el primer director del instituto?

A.F.G.: Sí. El cargo se cubre por concurso y me tocó asumir la primera gestión. Justa-

mente, ahora estamos terminando esa etapa y Gustavo Neme será quien continúe la dirección. Creo que es un recambio natural; somos los dos investigadores activos más antiguos del grupo.

G.B.: Una vez que el laboratorio comenzó a funcionar, ¿cuáles fueron los principales desafíos?

A.F.G.: La verdad es que nos metimos en esta aventura sin imaginar la complejidad que implicaba. Éramos muy entusiastas, pero no teníamos una dimensión real de lo que significaba poner en marcha un laboratorio de isótopos estables. Ricardo Villalba, Julieta Araniibar y nosotros compartíamos ese entusiasmo y la UTN, especialmente a través de Felipe Genovese, su Secretario de Ciencia y Tecnología, confió plenamente en el proyecto, aún sin conocer en detalle las características del equipamiento. Recién cuando obtuvimos el financiamiento y empezamos a preparar la instalación, comprendimos la magnitud del desafío. Había que construir una línea especial de gases, garantizar un suministro permanente de helio y otros insumos, capacitar personal técnico y organizar un sistema de mantenimiento continuo. Como decía Ricardo, aquello no era un laboratorio pensado para analizar “mi hueso o tu plantita”; era una infraestructura destinada a prestar servicios a toda la comunidad científica del país. Afortunadamente, contamos con un respaldo institucional muy importante. La UTN destinó recursos para acondicionar el edificio y, paralelamente, el entonces MinCyT²⁶ impulsó un programa para incorporar

²⁵ <https://idevea.conicet.gov.ar/>

²⁶ Actualmente (2026), el Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva (MinCyT) ya no existe como ministerio. Tras la reorganización administrativa iniciada a fines de 2023 y profundizada durante 2024, perdió su rango ministerial, siendo reemplazado por la Secretaría de Innovación, Ciencia y Tecnología, que depende de la Jefatura de Gabinete de Ministros (<https://www.argentina.gob.ar/jefatura/innovacion-ciencia-y-tecnologia>).

técnicos especializados, destinados a asegurar el funcionamiento de grandes equipamientos. Gracias a ese programa, pudimos incorporar a Gisela (Quiroga) y Armando (Dauverné), dos ingenieros que comenzaron prácticamente desde cero. Durante varios meses trabajaron sin que se resolviera, aún, sus respectivas designaciones. Aprendieron con la ayuda de Estela (Ducós), del INGEIS, y realizaron también capacitaciones en la Universidad Católica de Chile. Después, vino una larga etapa de aprendizaje cotidiano, consultando colegas, leyendo manuales y resolviendo problemas

sobre la marcha. Poco a poco, el laboratorio empezó a funcionar. Lo más gratificante fue que muchos investigadores confiaron, desde el comienzo, en nosotros. Recibimos muestras de arqueólogos, pero también de agrónomos, botánicos, investigadores del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) y de numerosas universidades argentinas. El laboratorio empezó a prestar servicios para estudios sobre fertilización, ciclos del carbono, ecología vegetal y muchos otros temas. Eso nos permitió consolidar, rápidamente, su funcionamiento (Figura 11).

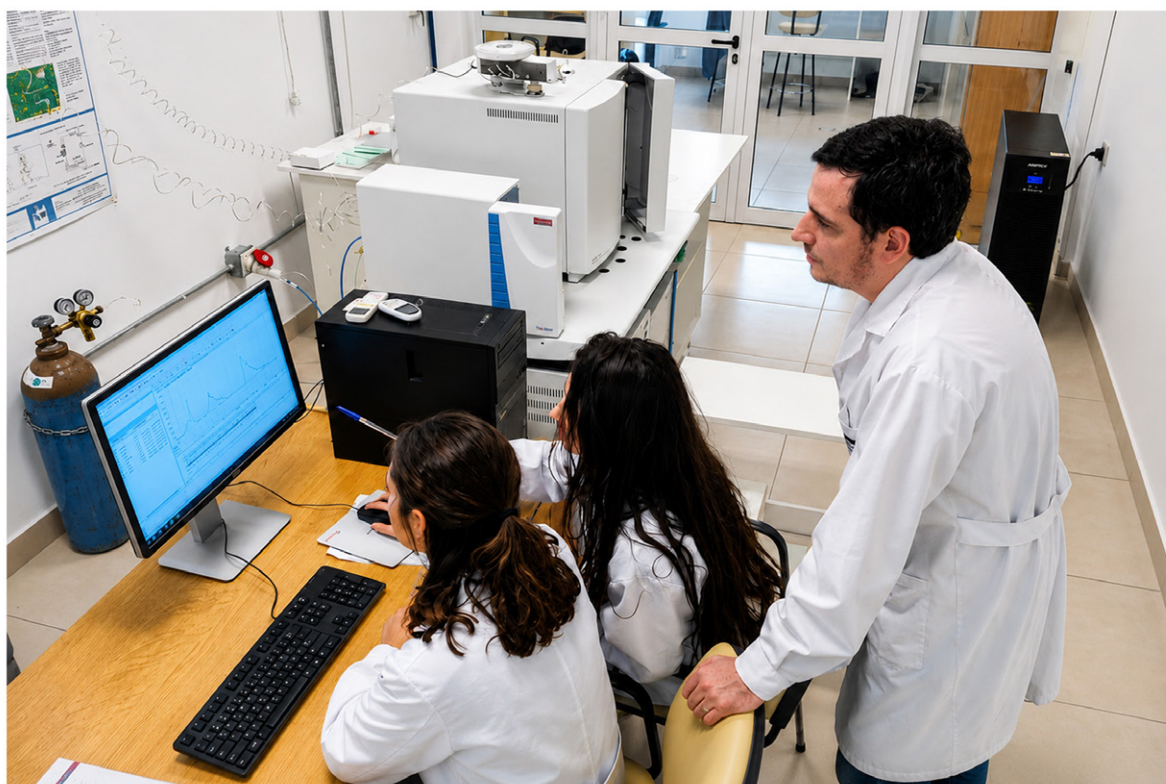


Figura 11. Vista parcial de las instalaciones, equipos y personal del Laboratorio de Isótopos Estables en Ciencias Ambientales (LIECA) (IDEVEA-CONICET-UTN). (Imagen gentileza de Adolfo Gil).

G.B.: Al principio de la pandemia, supongo, el laboratorio debió verse muy afectado. ¿Fue así?

A.F.G.: Sí. Me acuerdo de que, apenas comenzó la cuarentena, Gisela y Armando me llamaron y me dijeron: “Lo mejor es poner

el equipo en *stand by*”. Al principio, todos pensábamos que iban a ser quince días, pero enseguida quedó claro que la situación se iba a prolongar. Entonces, empezamos a averiguar qué convenía hacer desde el punto de vista técnico, porque mantener funcionando el espectrómetro sin utilizarlo implicaba un

gasto enorme de helio. En ese momento, era un costo altísimo equivalente, hoy, a unos dos millones de pesos por mes. Era imposible sostenerlo sin estar realizando mediciones. Por eso decidimos apagar el equipo; recién pudimos volver a utilizarlo cuando las actividades comenzaron a normalizarse.

G.B.: El laboratorio funciona con financiamiento público, pero también se autofinancia a partir de la prestación de servicios, ¿no?

A.F.G.: Sí. En realidad, hasta ahora el laboratorio ha estado orientado casi exclusivamente a la comunidad académica. Trabajamos para investigadores del CONICET, universidades, el INTA y también para colegas de otros países, como Chile o España. No hemos desarrollado demasiado el vínculo con el sector industrial, aunque existe un potencial importante. Todas las muestras se cobran y, con esos ingresos, el laboratorio financia prácticamente todos sus gastos de funcionamiento. La infraestructura y los salarios del personal están cubiertos institucionalmente, pero no contamos con un subsidio específico para sostener el LIECA. Y sería muy difícil hacerlo de otro modo. Sólo el consumo de helio representa un costo enorme; si el Instituto tuviera que afrontar ese gasto con su presupuesto ordinario, probablemente alcanzaría para apenas un par de meses.

G.B.: ¿Y cómo está hoy la situación? Conociendo las dificultades de financiamiento que atraviesa, actualmente, el sistema científico argentino, imagino que eso debe haber afectado directamente el funcionamiento del laboratorio.

A.F.G.: Sí, sin duda. Después de la pandemia obtuvimos un subsidio del programa Equipar Ciencia y, a través de la UTN, incorporamos

un nuevo espectrómetro, tecnológicamente superior al que ya teníamos. Permite realizar análisis que el equipo actual no puede hacer. El problema es que todavía no hemos podido ponerlo en funcionamiento. Hace más de un año —casi dos— que está en las cajas sin abrir y esperando ser instalado. Recién ahora conseguimos algunos recursos de la universidad y del CONICET para adecuar la infraestructura necesaria, así que esperamos que durante la segunda mitad de este año finalmente pueda comenzar a operar. También perdimos a Martín Luna, un profesional que desarrollaba los pretratamientos de muestras y garantizaba la trazabilidad de éstas.

G.B.: ¿El nuevo equipo les permitiría ampliar la oferta de servicios?

A.F.G.: Exactamente. Con el nuevo equipo podremos analizar agua, trabajar en certificación de origen y autenticidad de alimentos, detectar adulteraciones y desarrollar otras aplicaciones. Es el mismo modelo que tiene Luciano Valenzuela en el Laboratorio de Ecología Evolutiva Humana de Quequén²⁷, adquirido en la misma convocatoria. Para nosotros sería, en la práctica, un segundo laboratorio. El problema es que hoy la demanda cayó muchísimo. Como prácticamente desaparecieron los programas de financiamiento a la investigación, dejaron de llegar muestras. El año pasado, incluso, tuvimos que detener el primer equipo porque no tenía sentido ponerlo en marcha para analizar unas pocas muestras. Estos equipos necesitan un flujo continuo de trabajo. Antes recibíamos alrededor de dos mil muestras por año; hoy, con suerte, llegamos a unas cien. Algunos proyectos del exterior siguen enviándonos material. Por ejemplo, recientemente recibimos mues-

²⁷ Laboratorio de Ecología Evolutiva Humana (LEEh, FACSO-UNCPBA) (<https://laboratorioeeh.weebly.com/>).

tras de un proyecto colombiano. Hoy los recursos provienen más del extranjero que del propio sistema científico argentino. Antes, los proyectos nacionales quizá no tenían presupuestos muy grandes, pero alcanzaban para financiar algunos análisis. Ahora, esa fuente prácticamente desapareció. Incluso quienes siguen consiguiendo financiamiento, nos envían series mucho más pequeñas: donde antes mandaban cien muestras, ahora envían diez o veinte.

G.B.: Aun así, ¿la idea es seguir funcionando y ampliar los servicios?

A.F.G.: Sí, ese sigue siendo el objetivo. El desafío es que, probablemente, logremos poner en funcionamiento el nuevo espectrómetro, pero todavía no sabemos con qué volumen de trabajo lo vamos a hacer. Es posible que podamos utilizarlo durante un tiempo y, luego, volver a detenerlo si no aumenta la cantidad de muestras a procesar. Tal vez tengamos que explorar, con mayor decisión, el sector privado. La industria vitivinícola, por ejemplo, ofrece posibilidades interesantes, aunque hasta ahora no ha demandado demasiado este tipo de análisis. También, estamos empezando a trabajar con algunas empresas biotecnológicas. Hace poco una *start-up*, Puna Bio, realizó algunos análisis con nosotros y, probablemente, envíe más muestras. Es una colaboración muy interesante, pero desde el punto de vista operativo sigue siendo un volumen muy pequeño: dieciocho o veinte muestras pueden analizarse en un solo día. Un espectrómetro de estas características necesita otro nivel de actividad. Para que el laboratorio sea autosustentable, necesitamos procesar alrededor de dos mil muestras por año. Este número surge de un cálculo bastante simple. Cuando empezamos, los colegas del INGEIS nos dijeron que el mantenimiento anual de un equipo

de estas características rondaba los veinte mil dólares. En ese momento, cada análisis costaba entre diez y quince dólares. Si hacíamos unas dos mil determinaciones por año, el laboratorio podía sostenerse. Durante muchos años, ese esquema funcionó. Hoy, la situación es bastante más difícil.

G.B.: Además, en los últimos años aumentó considerablemente el número de laboratorios de isótopos estables en el país, ¿no?

A.F.G.: Sí. Cuando nosotros empezamos, prácticamente no existían alternativas. Hoy, gracias a distintos programas de equipamiento, además del INGEIS y el nuestro, hay laboratorios en Ushuaia, Puerto Madryn, Necochea, la Universidad Nacional de Córdoba y la Comisión Nacional de Energía Atómica, entre otros. Es una muy buena noticia para el desarrollo de la disciplina, pero también significa que el volumen de muestras disponible debe distribuirse entre muchos más laboratorios. El mercado argentino, por sí solo, difícilmente alcance para sostener esa capacidad instalada. Por eso, estamos empezando a coordinarnos entre todos. De hecho, recientemente armamos una red nacional de laboratorios de isótopos estables, algo en lo que está colaborando fuertemente Pablo Faraldo, personal de apoyo del IDEVEA, y comenzamos a intercambiar experiencias por correo electrónico. También estamos pensando en organizar actividades de capacitación, porque el nuevo equipo que adquirimos utiliza una tecnología que prácticamente nadie maneja, todavía, en la Argentina. Luciano Valenzuela ya está acumulando experiencia, pero para la mayoría de nosotros representa un desafío completamente nuevo. En definitiva, estamos entrando en una etapa distinta. Tenemos más capacidades instaladas que nunca pero, al mismo tiempo, atravesamos un contexto de desfinanciamien-

to que no resulta favorable. Ese es, probablemente, uno de los principales desafíos que tenemos por delante.

G.B.: En términos de tu actividad profesional, ya hablamos de la investigación y de la gestión institucional. Me gustaría que abordemos otro aspecto importante de tu trayectoria: la docencia.

A.F.G.: En mi caso, la docencia empezó casi por casualidad. Cuando me recibí, el primer trabajo que conseguí fue como profesor en un instituto terciario de San Rafael. La verdad es que nunca me lo había imaginado. Yo había estudiado antropología pensando en dedicarme a la arqueología, pero inicié dando clases en profesorado de formación docente, principalmente para las carreras de Historia, Geografía y Magisterio. Fue una experiencia que disfruté mucho y que recuerdo con enorme gratitud. Ese instituto me dio mi primer trabajo y, al mismo tiempo, me permitió sostenerme económicamente mientras comenzaba a desarrollar mis investigaciones arqueológicas. Durante varios años, la docencia fue mi principal actividad laboral y, gracias a los tiempos que me dejaba libres, podía trabajar en el museo y avanzar con los proyectos de investigación. Después siguieron otras experiencias docentes. Junto con Gustavo Neme, empezamos a dictar cursos de posgrado en distintas universidades, entre ellas la Universidad Nacional de La Plata y la Universidad de Chile, en Santiago. Esa fue una etapa muy enriquecedora porque nos permitió compartir nuestras líneas de trabajo con estudiantes e investigadores de distintos lugares. Más adelante, surgió la posibilidad de incorporarme a la Universidad Nacional de Cuyo. En 2010, se abrió un concurso para la cátedra de Antropología de la carrera de Historia, que por entonces estaba a cargo de Víctor Durán. Me presenté, obtuve el cargo y comencé a trabajar

como parte de la cátedra de Víctor. Poco después, se creó la Licenciatura en Arqueología y pasé a integrar, también, ese proyecto. Además, a pedido de la Facultad, colaboré en la creación del Doctorado en Arqueología.

G.B.: ¿Cuáles son, actualmente, tus principales actividades docentes, tanto de grado como de posgrado?

A.F.G.: En la Licenciatura en Arqueología dicto, principalmente, materias vinculadas con la arqueología de cazadores-recolectores, especialmente de América. También colaboro en algunas asignaturas de otros colegas; por ejemplo, con Gustavo Neme colaboro en cursos sobre modelos arqueológicos y, también, he ayudado en el dictado de temas relacionados con estadística y arqueología cuantitativa. En el posgrado, los contenidos van cambiando de acuerdo con los intereses de los estudiantes y con los proyectos que estamos desarrollando. En este momento, por ejemplo, estamos organizando un curso que nos solicitaron desde la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires (FACSO, UNICEN), con sede en Olavarría. La idea es abordar la construcción de investigaciones de arqueología regional. Queremos discutir qué estrategias puede utilizar alguien que comienza una tesis de ese tipo, qué herramientas metodológicas tiene disponibles y, sobre todo, cómo aprovechar la enorme cantidad de información que hoy existe para desarrollar investigaciones regionales. Hace algunas décadas, una tesis de arqueología regional dependía casi exclusivamente de realizar grandes campañas de campo. Hoy, eso resulta mucho más difícil, tanto por cuestiones de tiempo como de financiamiento. Entre planificar el trabajo de campo, realizar excavaciones, procesar los materiales y obtener resultados, pueden pasar varios

años. Por eso creemos que, actualmente, es fundamental aprender a integrar los recursos ya disponibles —colecciones, bases de datos, fechados, análisis isotópicos, información espacial y muchas otras fuentes— para formular nuevas preguntas y construir interpretaciones regionales sólidas. Ese es, justamente, el eje del curso que estamos preparando.

G.B.: ¿Qué proyectos tenés actualmente en marcha?

A.F.G.: Seguimos desarrollando varias líneas de investigación. Una de las más importantes es un proyecto que realizamos junto con colegas europeos, en el que estamos combinando análisis de ADN antiguo con isótopos estables. Gracias a este proyecto, conseguimos financiamiento para explorar una línea que nos interesaba desde hacía mucho tiempo y que, creemos, tiene un enorme potencial para la arqueología.

G.B.: ¿Cómo surgió esa colaboración con el grupo europeo?

A.F.G.: El interés por incorporar estudios de ADN antiguo venía de varios años atrás. En el Instituto ya trabajaba Cinthia Abbona y la idea era ir conformando un pequeño grupo dedicado a la arqueogenética. Al principio, ella focalizó estas técnicas al estudio de camélidos, pero sabíamos que las posibilidades eran mucho más amplias. Poco antes de la pandemia nos contactó Nicolás Rascovan, un investigador argentino que trabaja en el Instituto Pasteur de París. En ese momento, él estaba preparando una serie de proyectos para presentar en Europa y quería incorporar materiales arqueológicos de la Argentina. Nosotros no nos conocíamos personalmente, pero nos contó cuáles eran sus objetivos. La

propuesta nos pareció muy ambiciosa, aunque también muy atractiva, así que decidimos sumarnos. Después llegaron la pandemia y todas las dificultades que generó, pero finalmente los proyectos se financiaron y la colaboración fue creciendo.

G.B.: ¿Qué aspectos abarca el proyecto?

A.F.G.: El proyecto tiene varias dimensiones. Por un lado, la información genética permite identificar patógenos antiguos y reconstruir aspectos de la biota oral. Por otro lado, la genómica humana aporta información muy valiosa para estudiar la historia de las poblaciones, sus relaciones biológicas, los procesos migratorios y los cambios demográficos a lo largo del tiempo. Ahora estamos recibiendo y discutiendo los primeros resultados (Figura 12). En realidad, el proyecto produjo una enorme cantidad de información y el trabajo que tenemos por delante consiste en interpretarla. Nuestro objetivo es integrar esos datos genómicos con la información obtenida mediante isótopos estables y con otras líneas independientes de evidencia arqueológica. Creo que esa integración es uno de los desafíos más interesantes que tenemos por delante. Hay preguntas muy importantes relacionadas con la expansión de la agricultura, la movilidad de las poblaciones, los cambios demográficos y la circulación de enfermedades, que sólo pueden abordarse combinando distintos tipos de evidencia. Afortunadamente, hoy contamos con una base de datos muy amplia y me imagino que buena parte del trabajo de los próximos años consistirá, precisamente, en extraer todo el potencial de esa información. Es un proyecto macro, pero nosotros, principalmente Cinthia, Eva, Gustavo y yo, nos focalizamos en la parte del centro-oeste argentino.



Figura 12. Participantes a una de las sesiones de la reunión de trabajo y encuentro internacional sobre paleogenómica, conducido por Nicolás Rascovan (Unidad de Paleogenómica Microbiana del Instituto Pasteur de París) (centro, primero desde la izquierda) y organizado por el Instituto de Evolución, Ecología Histórica y Ambiente (IDEVEA) en Los Reyunos, en mayo de 2026. (Imagen gentileza de Adolfo Gil).

G.B.: Para terminar, no puedo dejar de hacerte esta última pregunta: si la serie continúa, ¿de qué tratará el libro de 2032?

A.F.G.: Sí, si continuamos la tradición, tocaría en 2032. Ojalá podamos hacerlo. Pero la verdad es que nunca planificamos esos libros con tanta anticipación. Lo que solemos hacer es sentarnos, aproximadamente un año antes, y preguntarnos qué pasó durante la última década, qué aprendimos y cuál es la mejor manera de sintetizar ese recorrido. En realidad, los libros son siempre una mirada retrospectiva sobre los diez años anteriores. Ahora estamos más o menos a mitad de camino, así que todavía faltan unos cinco o seis años. Por eso es difícil imaginar cuál sería el eje del próximo volumen. Lo que sí me deja muy tranquilo es que, cada uno de los libros que publicamos, fue distinto del anterior y espero que el próximo

mo también lo sea. Eso significará que seguiremos haciéndonos nuevas preguntas y que la investigación continúa evolucionando. Creo que una diferencia importante será el recambio generacional. Muchos de quienes hace unos años eran nuestros estudiantes, hoy ya dirigen sus propios becarios y tesis. Seguramente, ellos tendrán un papel mucho más protagónico en el próximo libro, y eso me parece una muy buena noticia (Figura 13).

G.B.: Es decir que ustedes pasarán a ocupar el rol que, en su momento, tuvieron Tito Lagiglia o Juan Schobinger para ustedes.

A.F.G.: Sí, muchas veces lo comentamos entre nosotros, incluso en tono de broma. Cuando aparece algún tema nuevo, solemos decir: “¿Qué habría dicho Tito de esto?”, o: “¡Nos estamos poniendo como Tito!”. Es una forma de



Figura 13. Diferentes camadas de profesionales trabajando en la arqueología del sur de Mendoza. De izquierda a derecha: Gustavo Neme, Cinthia Abbona Laura Steele, Miguel Giardina, Fernando Franchetti, Agustín Avecedo, Adolfo Gil (arriba), Clara Otaola, Eva Peralta, Laura Salgán y Nuria Sugrañes (abajo) (Imagen gentileza de Nuria Sugrañes).

reconocer que el tiempo pasa y que, sin darnos cuenta, empezamos a ocupar el lugar que antes ocupaban nuestros maestros. Con los años, uno también comprende mejor muchas de las cosas que ellos decían o hacían. Por eso, siento un enorme agradecimiento hacia todos ellos. Fueron quienes construyeron los cimientos sobre los que nosotros pudimos desarrollar nuestra carrera. Es cierto que cada época tiene sus propias dificultades; hoy enfrentamos problemas importantes, pero tampoco hay que olvidar que aquellos pioneros comenzaron cuando, prácticamente, no existía un sistema científico organizado. Gracias al trabajo de esa generación, la arqueología argentina creció de manera extraordinaria. Al mismo tiempo, una de las mayores satisfacciones es ver que los problemas que durante tantos años trabajamos en el sur de Mendoza, hoy se incorporan a investigaciones de escalas

mucho más amplias. Cuando eso ocurre, uno siente que la investigación trasciende los proyectos individuales y empieza a formar parte de discusiones más generales. Creo que ese es, en definitiva, el mejor indicador de que el esfuerzo valió la pena. Más allá de los libros que puedan venir en el futuro, lo importante es que las preguntas sigan creciendo, que nuevas generaciones las hagan propias y que la arqueología continúe avanzando.

AGRADECIMIENTOS

Al entrevistado, por la generosidad con la que compartió con nosotros su tiempo, sus recuerdos y sus experiencias. A la Sociedad Argentina de Antropología (SAA), por autorizarnos a reproducir las portadas de tres de sus publicaciones.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Abal, C. M. (2009). Juan Schobinger (1928-2009): nuestro adiós a un “caballero de la ciencia”. *Chungará*, 41(2), 179–182. <https://dx.doi.org/10.4067/S0717-73562009000200003>
- Bonnin, M. I., y Laguens, A. (2012). Alberto Rex González. 1918-2012. In Memoriam. *Revista del Museo de Antropología*, 5(1), 5–6. <https://doi.org/10.31048/1852.4826.v5.n1.9120>
- Chiavazza, H. (2009). Humberto Lagiglia (1938-2009). In Memoriam. *Arqueología*, 15, 265–266. <https://doi.org/10.34096/arqueologia.t15.no.1717>
- CONICYT 2005. Segunda Conferencia sobre Desiertos del Hemisferio Sur. <https://www.conicyt.cl/blog/2005/11/17/segunda-conferencia-sobre-desiertos-del-hemisferio-sur/>
- Cortés Conde, R. (2003). La crisis argentina de 2001-2002. *Cuadernos de Economía*, 40 (121), 762–767. <https://dx.doi.org/10.4067/S0717-68212003012100049>
- Durán, V. (1997). *Arqueología del valle del Río Grande, Malargüe, Mendoza*. (Tesis de doctorado inédita). Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata, Argentina.
- Escudero, M. C. (2018). Los efectos del Fondo para el Mejoramiento de la Calidad en la Universidad Nacional de Córdoba. *Archivos Analíticos de Políticas Educativas*, 26(71). <http://dx.doi.org/10.14507/epaa.26.2972>
- Gil, A. F. (2000) *Arqueología de La Payunia (sur de Mendoza)*. (Tesis de doctorado inédita). Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata, Argentina.
- Gil, A. F. (2003) *Zea mays* on the South American periphery: chronology and dietary importance. *Current Anthropology*, 44(2), 295–300.
- Gil, A. F. y Neme, G. (Comps.) (2002). *Entre montañas y desiertos: arqueología del sur de Mendoza*. Sociedad Argentina de Antropología.
- Kuhn, S. L. y Stiner, M. K. (2011). Lewis R. Binford, 1931–2011. *Evolutionary Anthropology*, 20, 121–122.
- Lagiglia, H. A. 1974. *Arqueología y ambiente natural de los valles del Atuel y Diamante*. (Tesis de doctorado inédita). Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata, Argentina.
- Neme, G. (2003). *Arqueología del alto valle del Atuel: Provincia de Mendoza*. (Tesis de doctorado inédita). Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata, Argentina.
- Neme, G. y Gil, A. F. (Comps.) (2012). *Paleoecología humana en el sur de Mendoza: perspectivas arqueológicas*. Sociedad Argentina de Antropología.
- Neme, G. y Gil, A. F. (Comps.) (2022). *Arqueología del sur de Mendoza. Líneas de evidencia en perspectiva biogeográfica*. Sociedad Argentina de Antropología.
- Premat, S. (2005). La Fundación Antorchas cierra sus puertas después de 20 años. *La Nación*, 27 de junio de 2005. <https://www.lanacion.com.ar/cultura/la-fundacion-antorchas-cierra-sus-puertas-despues-de-20-anos-nid716429/>

- Ramos, V. A. y Folguera, A. (2011). Payenia volcanic province in the Southern Andes: an appraisal of an exceptional Quaternary tectonic setting. *Journal of Volcanology and Geothermal Research*, 201(1–4), 53–64. <https://doi.org/10.1016/j.jvolgeores.2010.09.008>
- Schoeninger, M. J. (2014). Stable isotope analyses and the evolution of human diets. *Annual Review of Anthropology*, 43, 413–430. <https://doi.org/10.1146/annurev-anthro-102313-025935>.
- Schoeninger, M. J. y DeNiro, M. J. (1984). Nitrogen and carbon isotopic composition of bone collagen from marine and terrestrial animals. *Geochimica et Cosmochimica Acta*, 48(4), 625–639. [https://doi.org/10.1016/0016-7037\(84\)90091-7](https://doi.org/10.1016/0016-7037(84)90091-7)
- Seelenfreund, A., Rees, C., Bird, R., Bailey, G., Bárcena, R. y Durán, V. (1996). Trace element analysis of obsidian sources and artifacts of central Chile (Maule River basin) and western Argentina (Colorado river). *Latin American Antiquity*, 7(1), 7–20.
- Sruoga, P., Kay, S. M., Litvak, V. D., Galland, O., Folguera, A., Ramos, V. A., et al. (2023). Two million years of evolution of the southern central Andes retroarc, Payenia Volcanic Province, Argentina, from the study of the Cerro Nevado Volcanic Complex. *Journal of South American Earth Sciences*, 123, 104229. <https://doi.org/10.1016/j.jsames.2023.104229>
- Taiz, L. y Zeiger, E. (2010). *Plant physiology* (5ta. edición). Sinauer.
- Tauro del Pino, A. (2001). Córdich, Augusto. En *Enciclopedia ilustrada del Perú: síntesis del conocimiento integral del Perú, desde sus orígenes hasta la actualidad*, Volumen 4 (3ra. edición), (pp. 513-514). PEISA.
- Watson, P. J., LeBlanc, S. A. y Redman, C. L. (1974). *El método científico en arqueología*. Alianza.